

CUÁQUERISMO, DARWIN Y LA TEOLOGÍA PROCESAL-RELACIONAL

Dr. Peter Bien

Traducido del inglés por: Alfredo Fredericksen Neira¹

Nada es permanente excepto el cambio.

— Heráclito

Debemos encontrar a Dios en lo que conocemos, no en lo que no conocemos... Esto es cierto respecto a la relación entre Dios y el conocimiento científico...

— Dietrich Bonhoeffer

Las grandes preguntas —“¿Quiénes somos?” “¿De dónde venimos?” y “¿Por qué estamos aquí?”— sólo pueden responderse, si es que alguna vez se pueden, a la luz del pensamiento evolutivo basado en la ciencia.

— Edward O. Wilson

Dios es la suprema expresión de la incansabilidad y la lucha: el buscador indestructible e incurable.

— Nikos Kazantzakis

EL PROBLEMA

Un pensamiento verdaderamente nuevo a menudo se considera herético. Eso ciertamente ocurrió cuando, el 24 de noviembre de 1859, **Charles Darwin** publicó *El origen de las especies por medio de la selección natural o la conservación de las razas favorecidas en la lucha por la vida*, probablemente el libro más importante del último siglo y medio. Al año siguiente, **Samuel Wilberforce**, obispo de Oxford, le preguntó al divulgador de la evolución **Thomas Henry Huxley** en la reunión anual de la *British Association for the Advancement of Science* si su ascendencia de simio correspondía al lado de su abuelo o al de su abuela. (Huxley respondió que prefería un ancestro simio a un obispo que prostituía sus talentos). Incluso décadas después, la prensa estaba llena de caricaturas de monos con los rasgos de Darwin, y sus hallazgos fueron vilipendiados por el clero conservador. Pero él difícilmente fue el primer científico innovador considerado herético. El pobre **Giordano Bruno** (1548–1600) fue quemado en la hoguera en Roma por su obra *Del infinito, el universo y los mundos* (1584), en la que afirmaba: “Existen... innumerables soles, y un número infinito de tierras gira alrededor de esos soles, así como los siete que podemos observar giran alrededor de este sol que está cerca de nosotros”¹ — los siete siendo Mercurio, Venus, Tierra, Luna, Marte, Júpiter y Saturno de **Copérnico**, aún dentro de las llamadas “esferas planetarias” del sistema astronómico ptolomeico.

¹ Investigador Independiente. Diplomado en Literatura en Lengua Inglesa (Centro de Estudios Avanzados PUCV-2019); Diplomado en Poesía Universal (Centro de Estudios Avanzados PUCV-2018); Diplomado en Historia del Arte (Centro de Estudios Avanzados PUCV-2017); Diplomado en Estudios de la Religión (PUC-2016); Diplomado en Arte y Estética Árabe-Islámica: clásica y contemporánea, por la Universidad de Chile (CEA-2015); Diplomado en Teologías Políticas y Sociedad, por la Universidad de Chile (CEA-2014); Diplomado en Psicología Jungiana (PUC-2014) y Diplomado en Cultura Árabe e Islámica, por la Universidad de Chile (CEA-2014). Correo electrónico: alfredericksen@gmail.com.

El otro gran científico considerado herético fue, por supuesto, **Galileo Galilei** (1564–1642), quien evitó ser quemado porque se retractó de rodillas tras su famoso juicio en 1633 ante un panel de cardenales, quienes lo condenaron por votación de siete a tres debido a su *Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo: el Ptolemaico y el Copernicano* (1632). Aun así, fue sentenciado a arresto domiciliario por el resto de su vida, siendo su “delito” que defendiera no solo el sistema heliocéntrico copernicano, sino, por extensión, una nueva cosmología opuesta al sistema Aristotélico-Ptolemaico-Bíblico aceptado, que colocaba la Tierra en el centro y honraba los “cien argumentos de Aristóteles de que el universo es finito, limitado y esférico.”² . Con su telescopio mejorado, Galileo descubrió que la Vía Láctea es en realidad una multitud aparentemente infinita de estrellas en lugar de una nube, como se creía anteriormente. Observó montañas y cráteres irregulares en la Luna, que antes se suponía perfecta como esfera celestial. Lo peor de todo, encontró que Júpiter tenía cuatro lunas orbitándolo —“un sistema copernicano en miniatura”³— mientras que la antigua cosmología situaba todo orbitando la Tierra. Todo esto fue publicado en su *Mensajero Estelar* (1610). Naturalmente, los cardenales que lo juzgaron vieron herejía en sus hallazgos, los cuales contradecían no solo a Aristóteles y Ptolomeo, sino también a versos bíblicos como: “El mundo está firme; nunca será movido” (Salmos 93:1 y 96:10), “Tú pusiste la tierra sobre sus cimientos, para que nunca se mueva” (Salmo 104:5), “El mundo está firme, nunca será movido” (1 Crónicas 16:30) y “El sol sale y el sol se pone, y se apresura al lugar donde sale” (Eclesiastés 1:5). Su *Diálogo* fue colocado en el Índice de Libros Prohibidos de la Iglesia y no fue retirado hasta el siglo XIX. Ciertamente, en 1984 el **Papa Juan Pablo II** nombró una comisión que “reconoció que ‘los funcionarios de la Iglesia se habían equivocado al condenar a Galileo.’” Sin embargo, al revisar los hallazgos de la comisión en 1992, argumentó “que existen ‘dos ámbitos del conocimiento’ y que, al no distinguirlos, los teólogos habían sido llevados ‘a trasladar al ámbito de la doctrina de la fe una cuestión que en realidad pertenecía a la investigación científica.’”⁴.

Al preocuparme por el cuáquerismo y la supuesta herejía de Darwin, creo que el recurso a los “dos ámbitos del conocimiento” **precisamente no** es el procedimiento correcto. El problema debe enfrentarse, no evitarse. De hecho, siento que ninguna religión merece mi respeto y lealtad si no está en concordancia con el conocimiento científico. Soy consciente de que la religión y la ciencia a menudo se consideran áreas separadas. Incluso una autoridad como **Freeman Dyson** declara: “La ciencia y la religión son dos ventanas a través de las cuales la gente mira, tratando de entender el gran universo exterior, tratando de entender por qué estamos aquí. Las dos ventanas ofrecen diferentes perspectivas, pero miran el mismo universo. Ambas... merecen respeto.”⁵ Dyson sigue viendo la ciencia y la religión como separadas. Yo no.

Consideremos el cristianismo como ejemplo. La teología cristiana se desarrolló principalmente en los primeros cuatro siglos de nuestra era, amalgamando el pensamiento griego con el pensamiento hebreo. Según la concepción tradicional, el Dios del cristianismo es totalmente congruente con la ciencia cosmológica de aquella época, es decir, con el sistema astronómico **ptolomeico**, que situaba en el centro una Tierra inmóvil, circundada por siete esferas planetarias, más una octava esfera de estrellas fijas, todas puestas en movimiento por lo que Aristóteles llamó el “motor inmóvil”. **Claudio Ptolomeo de Alejandría** publicó este sistema en griego alrededor del año 150 d.C. bajo el título *El gran tratado*; nos ha llegado como *Almagesto*, la forma latina de la traducción árabe de su título.

El tratado tiene varias secciones principales, por ejemplo: “que los cielos se mueven de manera esférica”; “que la Tierra, tomada en su totalidad, es sensiblemente esférica”; “que la Tierra está en el medio de los cielos”; “que la Tierra no se mueve de ninguna manera localmente”⁶. Esto se basaba en cierta medida en la observación y de hecho “funcionaba” hasta cierto punto; sin embargo, esencialmente era una proyección de la filosofía aristotélica. Aristóteles razonaba de manera comprensible que cualquier cuerpo en movimiento debía ser puesto en movimiento por un segundo cuerpo. Sin embargo, ese segundo cuerpo debía ser puesto en movimiento a su vez por un tercer cuerpo, el tercero por un cuarto, y así sucesivamente hasta que, inevitablemente, esta regresión alcanza su famoso *τι ὃ οὐ κινούμενον κινεῖ* —“algo que mueve sin ser movido”⁷. Más allá de este punto clave, al que volveré porque también lo identifica con Dios, se encuentran otros principios ptolomeicos previamente afirmados dogmáticamente por Aristóteles: “La forma del cielo debe ser esférica”, “la Tierra debe estar en el centro e inmóvil”, “la Tierra no se mueve”⁸. Pensando ahora en la conexión del sistema ptolomeico con el cristianismo, es interesante que algunas de las descripciones de Aristóteles sobre el motor inmóvil suenen más teológicas que físicas —por ejemplo: “el cuerpo primario de todo es eterno, no sufre ni crecimiento ni disminución, sino que es intemporal, inalterable e impasible.”⁹. Aristóteles incluso declara que el motor inmóvil “causa movimiento como objeto de amor, mientras que todas las demás cosas causan movimiento porque están en movimiento”¹⁰ (cursivas mías). Este poder físico empieza a sonar cada vez más como Dios. Ahora podemos apreciar cuán fácil —y de hecho inevitable— fue que la teología cristiana, influenciada por el prestigio indiscutible de Aristóteles junto con la cosmovisión ptolomeica, que supuestamente describía la naturaleza del ser al mismo tiempo que proyectaba la filosofía aristotélica, nos diera la comprensión de Dios que luego se impuso como ortodoxia, inicialmente por **San Agustín de Hipona** (354–430), cuyo temprano neoplatonismo le permitió mantener una clara división entre el mundo natural (transitorio) y el mundo espiritual (eterno), y posteriormente y principalmente por **Santo Tomás de Aquino** (1225–1274), sobre quien se ha dicho que “estudió a Aristóteles como ningún otro hombre antes ni después y utilizó a Aristóteles para justificar todo su pensamiento.”¹¹

En resumen: el Dios cristiano concebido tradicionalmente es el **motor inmóvil** de la filosofía aristotélica y la astronomía ptolomeica, por lo tanto, inmutable, eterno, absoluto, perfecto. Muy bonito, ¡excepto que la ciencia que fundamenta esta teología está totalmente equivocada! La Tierra no está en el centro. Las estrellas no son fijas. Probablemente comenzaron hace 13.700 millones de años tras un Big Bang y forman parte de un cosmos que se ha estado expandiendo a un ritmo acelerado durante los últimos cinco mil millones de años (como hemos aprendido gracias al telescopio Hubble¹²), y que seguramente terminará dentro de algunos miles de millones de años, cuando nuestro sol y los miles de millones de otros soles exploten o simplemente se queden sin calor¹³. Según el célebre poema de **Robert Frost**, el mundo terminará en fuego o en hielo. (Más sobre esta cesación más adelante). Como nos enseña **Darwin** respecto a los seres vivos, los geólogos respecto a la naturaleza inanimada, los físicos respecto al espacio-tiempo, y los astrónomos respecto a las galaxias, los agujeros negros y las estrellas que se alejan, **nada en nuestro universo circundante es inmutable, eterno, absoluto o perfecto.**

Entonces, ¿por qué deberíamos otorgar respeto y lealtad a una deidad que difiere de manera tan notable de la verdad científica como lo hace el Dios cristiano tradicionalmente

concebido? El mismo **Darwin** tenía respuestas claras: “Ya no podemos argumentar que, por ejemplo, la hermosa bisagra de una concha bivalva debe haber sido hecha por un ser inteligente, como la bisagra de una puerta por el hombre. Parece que no hay más diseño en la variabilidad de los seres orgánicos y en la acción de la selección natural que en el rumbo que toma el viento. Todo en la naturaleza es resultado de leyes fijas.” “Mientras estaba a bordo del *Beagle* era bastante ortodoxo... Pero gradualmente llegué... a ver que el Antiguo Testamento, por su historia manifiestamente falsa del mundo, con la Torre de Babel, el arcoíris como señal, etc., y por atribuir a Dios los sentimientos de un tirano vengativo, no era más confiable que los libros sagrados de los hindúes o las creencias de cualquier bárbaro.” “Al reflexionar además que se requeriría la evidencia más clara para hacer que cualquier hombre cuerdo creyera en los milagros que respaldan al cristianismo... gradualmente llegué a no creer en el cristianismo como una revelación divina.”¹⁴

RESPUESTAS CUÁQUERAS HASTA AHORA

Evitando tales conclusiones ateas, ¿cómo podemos los cuáqueros de hoy encontrar respuestas religiosas que sean consistentes con el darwinismo y otros hallazgos de la ciencia moderna? Debido a la ausencia de fórmulas creedales entre los Amigos y a nuestra apertura a la revelación continua, deberíamos estar a la vanguardia de quienes mantienen su fe mientras al mismo tiempo reconocen la confirmación de la ciencia de que **nada es permanente excepto el cambio**. De hecho, “el cuáquerismo, al prescindir de credos, extiende la mano al científico”, como afirma el distinguido astrofísico cuáquero **Arthur Stanley Eddington** (1882–1944) en su *Swarthmore Lecture* de 1929. “La objeción científica”, continúa, “no se dirige únicamente a credos particulares que afirman, con una fraseología obsoleta, creencias que ya no se sostienen o que ya no inspiran la vida. El espíritu de búsqueda, que anima [a la ciencia], se niega a considerar cualquier tipo de credo como su meta.”- “En sus primeros días, [la Sociedad de Amigos] le debía mucho a un pueblo que se llamaba a sí mismo Buscadores... Es un nombre que debe atraer poderosamente al temperamento científico... [E]l espíritu de búsqueda sigue siendo el predominante en la fe [de la ciencia], la cual por esa razón no se encuentra encarnada en ningún credo o fórmula.”¹⁵ Así pues, continuemos aplicando nuestra propia tradición cuáquera de búsqueda para alinear nuestra fe religiosa con la naturaleza del universo que habitamos.

Afortunadamente, diversas respuestas cuáqueras posteriores a Darwin ya han intentado examinar nuestra fe en consonancia con la ciencia, aunque ninguna ha llegado lo suficientemente lejos a mi parecer, salvo la casi cuáquera que mencionaré al final: **Religion and Science** (1997) de **Ian Barbour**. Eddington comienza con un resumen de la evolución cosmológica que culmina en el cerebro humano; luego vincula inmediatamente la ciencia con el cuáquerismo debido a su valoración compartida de la experiencia: “Si la ciencia afirma de alguna manera ser una guía para la vida, es porque trata sobre la experiencia, o parte de la experiencia. Y si la religión no es una actitud hacia la experiencia... no es el tipo de religión que nuestra Sociedad representa.” A continuación, se niega a distinguir la experiencia mística de la religión de la experiencia concreta de la ciencia: “Sería erróneo condenar el supuesto conocimiento del mundo invisible porque no pueda seguir las líneas de deducción establecidas por la ciencia como apropiadas para el mundo visible.”

Por el contrario, ve ambos ámbitos como esencialmente simbólicos y luego emplea esta similitud para justificar la creencia de muchos cuáqueros en un Dios personal: “Tenemos que construir el mundo espiritual a partir de símbolos tomados de nuestra propia personalidad, así como construimos el mundo científico a partir de los símbolos del matemático.”¹⁶. Todo esto está bien, muy bien; sin embargo, ignora la marcada incompatibilidad de la ciencia evolutiva moderna con la concepción “ptolomeica” obsoleta de Dios que muchos creyentes —y algunos cuáqueros— aún mantienen.

Una conferencia anterior de *Swarthmore*, pronunciada por **Gerald Kenway Hibbert** en 1924 para conmemorar el tricentenario del nacimiento de **George Fox**, comienza prometiendo “poner al día el mensaje [de Fox]” y luego afirma inmediatamente: “Un punto importante a recordar es que Darwin ha vivido en el intervalo entre George Fox y nosotros... Aunque podamos diferir sobre lo que Darwin realmente enseñó, y aunque nuestras ideas sobre el proceso evolutivo puedan variar, lo principal es que todos vemos el universo como en desarrollo y despliegue.”¹⁷. Bien, hasta aquí; sin embargo, extrañamente, no hay más sobre ciencia y religión, nada sobre poner nuestra fe cuáquera al día cosmológicamente.

Otro intento de vincular la fe con la ciencia fue realizado por **Howard Brinton** (1884–1973) de **Pendle Hill** en su brillante *Swarthmore Lecture* de 1931, *Creative Worship*, en la que afirma que se ha “esforzado por exponer una teoría del culto en términos de una teoría de la evolución.” Darwin no se menciona aquí; sin embargo, toda la concepción se basa en “[l]as nuevas teorías sobre la naturaleza del tiempo y el espacio, la materia y el movimiento.” Lo que Brinton hace con estas teorías claramente evolutivas, sin embargo, es equipararlas con “lo orgánico”, que compara con las visiones más antiguas, tanto científicas como religiosas, que él denomina “mecanicistas.” Su punto es que “el cuáquerismo se funda en el concepto de organismo, mientras que el puritanismo se funda en el concepto de mecanismo.”¹⁸. Así, en realidad está más interesado en la psicología del culto que en una teología que refleje nuestra concepción moderna del universo. Por otro lado, el título de su obra mucho más tardía, *Evolution and the Inward Light: Where Science and Religion Meet* (1970), parece muy prometedor. No obstante, Brinton, quien fue formado como científico, ignora la naturaleza intensamente herética de las ideas de Darwin y, en cambio, presenta a **George Fox** como un “evolucionista” únicamente en el ámbito del desarrollo espiritual: “Suponiendo,” escribe Brinton, “que la evolución procede por la supervivencia del más apto... entonces, según esta teoría [aquí procede en contra de la enseñanza darwiniana] el más apto no es el mejor luchador sino aquel que mejor cumple con el evangelio de la reconciliación o del amor.” “George Fox no tenía concepción de la evolución en el sentido darwiniano, pero sabía y decía mucho sobre la evolución dentro de la especie humana... Creemos en alguna interpretación de ‘la supervivencia del más apto’, pero ¿quiénes son los más aptos? Si esta filosofía cristiana primitiva es verdadera, entonces los más semejantes a Cristo son los más aptos, y ‘Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra’ es una afirmación tanto biológica como espiritual.” Es difícil ver aquí un verdadero encuentro entre ciencia y religión, a pesar del título del folleto. De hecho, Brinton termina cuestionando el postulado más esencial de Darwin: “Se afirma generalmente en las aulas científicas que la evolución de la vida en este planeta ha procedido por una serie de accidentes en los que sobrevivieron los más aptos. Pero es muy difícil imaginar que el mundo que nos rodea haya resultado de un juego de dados casi infinitamente largo.”¹⁹

Resonando con la famosa frase de **Albert Einstein**, “Dios no juega a los dados con el universo,” dicha a **Niels Bohr** en 1928 mientras los dos físicos discutían sobre la indeterminación, Brinton se alinea con aquellos que se oponen a la indeterminación y, por lo tanto, con quienes básicamente se oponen a los hallazgos de la ciencia moderna. Podríamos decir de él, al menos en este folleto, lo que el estimulante teólogo **Don Cupitt** dice de algunos otros progresistas religiosos: que “todavía se aferran a un remanente del platonismo”²⁰—es decir, un remanente de la creencia en las Formas platónicas permanentes e inmutables, precisamente lo que niega la ciencia darwiniana moderna.

Un breve ensayo de **Winifred M. White** titulado *Concern for Vision* (1993) es un intento de descubrir una fe cuáquera liberal consistente con la teoría de la evolución. Cita la opinión de **Charles Raven** (1885–1964) de que Dios sufre cuando los seres humanos malgastan su libertad; llama a Cristo un “evolucionador” en lugar de un redentor; está de acuerdo con **Alfred North Whitehead** (1861–1947) en que los humanos están siempre en el camino de convertirse en algo y que “Dios está involucrado en ese proceso,” concluyendo que “la teología procesal-relacional puede ser importante para muchos que tal vez nunca escucharán su nombre mencionado.”²¹ Es una lástima que este folleto sea tan difícil de encontrar, porque claramente apunta en la dirección correcta. Fue identificado por **Mary Ellen Chijioke** gracias a una búsqueda por computadora que vinculaba “Society of Friends” y “teología procesal-relacional.”

Un folleto más reciente de **Pendle Hill** que el de **Howard Brinton** es *Quakerism and Science* de **Calvin Schwabe**. Este no dice nada en absoluto sobre la evolución darwiniana. Concentrándose, como la conferencia *Swarthmore* de Brinton, en el tipo de mente que se observa en cuáqueros y científicos, rechaza el dogmatismo, favorece a quienes se apartan de cuerpos estáticos “de ‘verdad’ permanente, ya sea definida por autoridades jerárquicas o libros antiguos,” recuerda al químico cuáquero **John Dalton** (1766–1844), un temprano defensor de la teoría atómica, y cita a **Arthur Eddington** sobre que la religión aceptable es “una actitud hacia la experiencia” y no “solo un credo que postula un ser inefable.” Sin embargo, no se concentra en absoluto en la correlación entre la “religión aceptable” y las descripciones de Darwin u otros científicos sobre el universo en el que vivimos²².

Un folleto de **Pendle Hill** que se acerca más a hacer esto es *Universalism and Spirituality* de **Ralph Hetherington**. De manera importante, evoca al **obispo Ireneo** (ca. 115–ca. 202), quien “habló de que el mundo fue hecho incompleto,” una doctrina que abre la religión a la creación continua predicada por Darwin²³. Trataré a Ireneo más adelante en relación con la teología procesal-relacional.

¿Debo mencionar también el libro de Michael Ruse *Can a Darwinian Be a Christian? The Relationship between Science and Religion* (2001). Sus padres eran cuáqueros convencidos y él fue criado en la **Warwickshire Monthly Meeting**, Inglaterra. En su prefacio, dice que, si su libro ayuda a los lectores en su camino espiritual, deberían agradecer “a esas personas muy ordinarias y a la vez maravillosas,” los cuáqueros. Ha escrito extensamente sobre el conflicto entre el pensamiento evolucionista y el creacionista, y recientemente coeditó una colección de ensayos sobre evolución de 979 páginas²⁴. *Can a Darwinian Be a Christian?* explica el darwinismo en detalle, define el creacionismo, trata las opiniones de **Agustín** y

Aquinas sobre el alma humana, muestra las áreas en las que el darwinismo y el creacionismo coinciden, y concluye que un darwinista puede fácilmente ser cristiano, pero no está obligado a serlo. El optimismo de Ruse se basa principalmente en cuestiones morales, pero nunca en cuestiones cosmológicas, que no aborda. Una vez más, nos encontramos con una discusión que pasa por alto mi insistencia en que las opiniones religiosas deben ser compatibles con el conocimiento científico actualizado sobre nuestro universo circundante.

La respuesta que va más allá de todas las anteriores es, sin duda, la magistral obra de **Ian Graeme Barbour**, *Religion and Science: Historical and Contemporary Issues* (1997). Barbour (1923–), hijo de una madre episcopaliana y un padre presbiteriano, no es cuáquero. Sin embargo, llamo a esta una respuesta **casi cuáquera** porque fue educado en **The Downs School** en Colwall, Herefordshire, Inglaterra, fundada por cuáqueros en 1900, y luego en **Swarthmore College** en Estados Unidos. Además, posteriormente sirvió como objetor de conciencia en la Segunda Guerra Mundial y participó como líder en el movimiento internacional de campos de trabajo, una iniciativa mayormente cuáquera establecida en 1920 por el cuáquero suizo **Pierre Cérésole** (1879–1945). Formado inicialmente en física, Barbour más tarde se inscribió en la **Yale Divinity School**. Su nombramiento como profesor en **Carleton College** fue en física y teología, y su libro de 1965 *Issues in Science and Religion* a menudo se considera responsable de crear el campo académico de ciencia y religión. En una entrevista radial de 1999, preguntó: “La imagen popular es la de la ciencia y la religión en conflicto o en guerra: científicos ateos por un lado y creacionistas o literalistas bíblicos por el otro. Pero, ¿qué pasa con las personas intermedias que creen en Dios y en la evolución, o que ven la evolución como la manera de Dios de crear?”²⁵. En la misma entrevista respondió: “Muchos teólogos... consideran que la ciencia y la religión son dominios separados, pero un número significativo sostiene que las ideas tradicionales sobre Dios y la naturaleza humana pueden reformularse a la luz de la ciencia (especialmente la biología evolutiva) sin renunciar a las afirmaciones centrales de su tradición religiosa.” Su respuesta específica para la religión en un mundo evolutivo es la **teología procesal-relacional**, es decir, una visión que ve todo, incluso a Dios, como en evolución. En mi opinión, esto es lo que los cuáqueros deben examinar seriamente.

UNA RESPUESTA CUÁQUERA ADECUADA PARA EL FUTURO

Comencemos con tres citas provocadoras:

1. “Todo ha cambiado, excepto nuestra forma de pensar.” (Albert Einstein, Premio Nobel de Física, 1921)
2. “Sea cual sea el nombre que se le dé al ‘Creador,’ su única revelación auténtica es el Universo. La ciencia es el estudio de la obra del Creador, una especie de servicio divino, una búsqueda de la verdad, investigada con honestidad intransigente.” (Albert Szent-Györgyi, Premio Nobel de Fisiología o Medicina, 1937)²⁶

Por último, acercándonos desde un ángulo diferente:

3. “Porque nuestro conocimiento es imperfecto... Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño; cuando me hice hombre, dejé atrás

las cosas de niño. Porque ahora vemos por espejo, en enigma, pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; entonces entenderé plenamente...” (San Pablo, 1 Corintios 13:9,11–12, RVR).

Sí, todo ha cambiado gracias a Darwin y a otros científicos provocadores considerados herejes; sí, el universo circundante es nuestra mejor entrada a la divinidad; sí, nuestro conocimiento es imperfecto, pero no, nunca comprenderemos plenamente. San Pablo está impregnado de pies a cabeza por la expectativa de un conocimiento completo, precisamente lo que una respuesta cuáquera adecuada para el futuro debe superar. Los tradicionalistas, que siempre parecen actuar como si entendieran todo plenamente, citan **Apocalipsis 1:4**, que describe a Dios como “el que es, el que era y el que ha de venir.” **Hebreos 13:8** expresa el mismo dogma de manera intransigente al afirmar que Cristo “es el mismo ayer, hoy y por los siglos.” Por el contrario, un erudito bíblico moderno argumenta que, aparte de estos dos versículos, “prácticamente no hay respaldo en el Nuevo Testamento para ninguna afirmación de que Dios sea inmutable, y hay igualmente poco en la Biblia hebrea... Es cierto que el Señor Dios de Israel es el creador y gobernante del tiempo, y los Salmos se deleitan en repetir que Él vive para siempre. Hasta ese punto es como el ‘motor inmóvil’ de Aristóteles. Sin embargo, contradictorio como pueda parecer, Él también entra en el tiempo y se ve cambiado por la experiencia... Dios es constante; no es inmutable.”²⁷ No obstante, parece tan reconfortante—tan espiritual—creer en el Dios inmutable, eterno, absoluto y perfecto de la teología tradicional. Pero otro erudito religioso moderno nos ayuda al afirmar que “apenas hay una concepción de Dios desde Hegel en adelante que no sea dinámica, cambiante y de alguna manera intrínsecamente relacionada con el mundo del cambio... Dios comparte así las categorías metafísicas del proceso: temporalidad, potencialidad... relación, desarrollo y dependencia o pasividad.”²⁸ Parte de esto se encuentra ya en el siglo II d.C., gracias al **obispo de Lyon, Ireneo**, cuya doctrina de que el mundo fue hecho incompleto se mencionó antes. El cristianismo ireneo enfatiza el crecimiento; justifica la existencia del mal gracias a “un bien infinito que Dios está extrayendo del proceso temporal.”²⁹ “La tradición augustiniana dominante habla de una creación completa que luego se distorsiona en la caída; una tradición cristiana menor, ejemplificada por Ireneo..., habla de que el mundo fue hecho incompleto. Nuestra responsabilidad es completarlo. La vida redimida, por lo tanto, comparte la creatividad divina. Los primeros Friends participan, aunque inconscientemente, en la tradición irenea al enfatizar el crecimiento desde una semilla hasta desarrollarse a la imagen de Dios.”³⁰ Basándose en este énfasis en el desarrollo de Ireneo, una rama de la teología cristiana moderna conocida como **teísmo procesal-relacional** tiende a enfatizar la capacidad de cambio de Dios. El principal exponente de esta rama, **Charles Hartshorne** (1897–2000), asistió a **Haverford College** de 1915 a 1917, donde su maestro favorito fue **Rufus Jones**, quien impresionó a Hartshorne por su enfoque no dogmático de la religión. Hartshorne lamentaba las enseñanzas de Platón y Aristóteles sobre la permanencia espiritual y la inmutabilidad, enseñanzas que habían llevado a la teología cristiana clásica, como hemos visto, a concebir la realidad divina como eterna, no temporal, espiritual, no material, causante y no afectada por causas. En su primer libro, *The Divine Relativity* (1948), argumenta que Dios está abierto a la influencia, por lo tanto, es cambiante, no inmutable. *Man’s Vision of God and the Logic of Theism* (1964) intenta un compromiso, afirmando que Dios puede concebirse como perfecto e inmutable en algunos aspectos, pero no en otros. El término de Hartshorne para esto es “dipolar,” lo que significa que la Deidad combina en armonía pares

desarmoniosos, como uno/muchos, ser/llegar a ser, permanencia/cambio. Esto puede parecer irracional; el pensamiento moderno responde que es científico. Albert Einstein se dio cuenta en 1905, por ejemplo, de que la luz debe entenderse no solo como ondas, sino también como partículas cuánticas, más tarde conocidas como fotones. Nosotros, más de cien años después, también necesitamos aceptar la ambigüedad en la teología. Escuchemos al propio Einstein: “Pero, ¿qué es realmente la luz? ¿Es una onda o una lluvia de fotones? Parece improbable formar una descripción consistente de los fenómenos de la luz usando solo uno de los dos lenguajes. Parece que debemos usar a veces una teoría y otras veces la otra, mientras que en ocasiones podemos usar cualquiera. Nos enfrentamos a un nuevo tipo de dificultad. Tenemos dos imágenes contradictorias de la realidad; por separado, ninguna explica completamente los fenómenos de la luz, pero juntas sí lo hacen.”³¹ De manera similar, en nuestra teología, “la excelencia suprema... debe ser capaz de integrar toda la complejidad que existe en el mundo mismo como un todo espiritual.”³² Dicho de otro modo: “Lo opuesto a una verdad simple es una falsedad, pero lo opuesto a una verdad profunda suele ser otra verdad profunda.”³³ Es por esto que el teólogo procesal

Hartshorne puede declarar categóricamente que rechaza “como idolatría la identificación de Dios con ‘lo absoluto,’ ‘infinito,’ ‘inmutable’ o ‘necesario.’ Dios está en ambos lados de tales contrarios abstractos, y solo así puede ser más que una mera abstracción. Él es finito e infinito, eterno y temporal, necesario y contingente.” Hemos llegado al corazón mismo de la **teología procesal-relacional**. Los términos clave son los de la propia rúbrica:

(1)**Proceso:** Dios mismo y nuestra revelación de Él/Ella son continuos, en lugar de estar encapsulados de una vez por todas en formulaciones credales o bíblicas y (2)**Relacional:** Dios está sujeto a la emoción porque está causalmente relacionado con el mundo, se ve afectado por él, en lugar de ser impassible y absoluto.

Pero un tercer término—**panenteísmo**—también es central. Esto reemplaza “teísmo,” por un lado, y “panteísmo,” por otro: el teísmo postula un Dios impassible, inmutable, sin accidentes, completamente separado de su creación; el panteísmo, un Dios completamente equivalente a su creación, sin separación entre ambos; mientras que el **panenteísmo** es el punto medio, pues sostiene “que la deidad está en algún aspecto real distinguible e independiente de todos y cada uno de los elementos relativos, y sin embargo, tomada como un todo real, incluye todos los elementos relativos.” Dicho más simplemente, el panenteísmo es la creencia de que Dios está unido a—relacionado con—el universo físico, pero al mismo tiempo trasciende la creación material.

Los Friends que encuentren esto difícil deberían consultar el capítulo final de Ian Barbour, el número 12, “Dios y la Naturaleza,” que proporciona parte del trasfondo histórico. El capítulo comienza con modelos del papel de Dios en la naturaleza, entre los cuales se encuentran los de la teología clásica (Dios como omnipotente, omnisciente, inmutable, soberano) y los de la teología procesal (Dios como participante creativo en la comunidad cósmica). En la teología clásica (a la que muchos Quakers se resisten, aunque quizás algunos todavía la sigan), existe “una relación estrictamente asimétrica y unidireccional: Dios afecta al mundo, pero el mundo no afecta a un Dios que es eterno, inmutable e impassible.” Barbour explica que “la exclusión de toda temporalidad de la naturaleza de Dios parece deberse principalmente al pensamiento griego. Platón había imaginado un reino de formas eternas y verdades atemporales, reflejadas imperfectamente en el mundo; lo perfecto era lo inmutable. Aristóteles habló de Dios como el Motor Inmóvil, el Absoluto

inmutable. Tomás de Aquino sostuvo que Dios es impassible, no afectado por el mundo. Dios ama solo en el sentido de hacer cosas buenas por nosotros, pero sin pasión ni emoción.”³⁶. Durante el largo período en que prevaleció el modo clásico, continúa Barbour, “se asumía una visión estática y jerárquica de la realidad... [L]a idea bíblica de creación continua fue prácticamente ignorada. Cada forma inferior servía a la superior en la jerarquía: Dios/hombre/mujer/animal/planta. Este orden fijo estaba unificado por el poder soberano de Dios y su plan omnisciente. Estas suposiciones fueron, por supuesto, desafiadas por la evolución.” En la teología procesal-relacional, por el contrario, “la realidad se concibe como una sociedad en la que un miembro es preeminente, pero no controla totalmente. El mundo es una comunidad de seres que interactúan...” “Este es un cosmos incompleto que aún está en proceso de llegar a ser. La evolución es un proceso creativo cuyo resultado no es predecible... Aquí no hay dualismo entre alma y cuerpo, ni separación marcada entre lo humano y lo no humano.” “El pensamiento procesal se distingue por sostener la indeterminación entre sus postulados básicos.” “Aquí el propósito divino se entiende como metas inmutables, pero no un plan eterno detallado: Dios responde a lo imprevisible.” “El Dios procesal sí tiene poder, pero es el poder evocador del amor y la inspiración, no un poder controlador y unilateral.” En suma, la filosofía procesal-relacional incluye “una teología de la naturaleza que no desprecia ni descuida el orden natural.” “El pensamiento procesal es consonante con una comprensión ecológica y evolutiva de la naturaleza como un sistema dinámico y abierto...”³⁷.

Si Charles Darwin pudiera regresar a la Tierra y escuchar todo esto, ¡estaría inmensamente complacido! De hecho, si los Quakers pudieran liderar el camino siguiendo el pensamiento procesal y, con ello, combinar la fe religiosa con la ciencia moderna mucho más plenamente que antes, ¡un Darwin resucitado podría incluso superar lo suficiente su sesgo anti-cristiano para unirse a la Sociedad Religiosa de los Friends!.

REFLEXIONES FINALES

Escuchemos ahora algo de sabiduría de mi filósofo de la religión vivo favorito, el deliciosamente herético Don Cupitt (1934–), un antiguo clérigo anglicano (créase o no) que apoya la teología procesal-relacional, aunque no puede dar crédito a la mitad trascendente y no evolutiva de la deidad dipolar de Charles Hartshorne. Una y otra vez, Cupitt subraya que debemos hacer que nuestra religión responda a la verdad científica del proceso: “La verdadera religión es la práctica de hacer felicidad eterna a partir del flujo de lo ordinario...” “Cuanto más comprendo que no soy más que parte del flujo universal de todo, más me uno a él...” “Necesitamos aprender a amar lo transitorio, porque es todo lo que hay, y somos parte de ello. Heráclito tenía razón: todo fluye”³⁸.

Sí, todo fluye; nada es permanente excepto el cambio. Sin embargo, es tentador resistirse a esta verdad darwiniana. Algunos de nosotros, incluso algunos cuáqueros, seguimos siendo prisioneros de un dualismo intransigente que postula un mundo “espiritual” incorruptible, exento de la permanencia del cambio. Reconociendo la transitoriedad y la corrupción de la carne, algunos de nosotros, incluso algunos cuáqueros, encontramos alivio en el consuelo de una deidad eterna e incorruptible, una actitud que lleva a tales cuáqueros a pedir que las personas en dificultad sean sostenidas en una Luz eterna e incorruptible, aunque otros Amigos, quizá la mayoría, interpretan la Luz como la emanación del amor relacional y

dinámico de Jesús o de Dios. Sin embargo, algunos de nosotros todavía nos sentimos cómodos con las Formas eternas de Platón como la supuesta realidad verdadera y con el motor inmóvil de Aristóteles que pone todo en movimiento excepto a sí mismo—“un mundo sin fin”.

Y eso está bien—bien si se combina con la relación y el proceso. Probablemente lo más importante que la teología dipolar de Charles Hartshorne ofrece a las personas religiosas es la virtud de aceptar la contradicción, incluso en lo que respecta a Platón. Aprendí esto en mi primer año en Universidad de Harvard en un maravilloso curso anual sobre Platón y Aristóteles, impartido por Raphael Demos (1892–1968), profesor Alford de Religión Natural, Filosofía Moral y Política Civil. Este hombre extraordinario emigró de Constantinopla a Estados Unidos a los 21 años, trabajó como conserje en Harvard y terminó con un doctorado en esa misma universidad. Estuvo estrechamente vinculado con Alfred North Whitehead en Harvard, impartiendo clases (al igual que Hartshorne) en el curso de Whitehead sobre problemas metafísicos generales; incluso un estudioso afirma que Demos consideraba a Platón un discípulo de Whitehead. Yo quedé cautivado por él, pues sentía que no solo estaba aprendiendo (en el primer semestre) sobre Platón, sino de él. Anoté en mi diario el 1 de diciembre de 1948: “El Sr. Demos fue tan provocador como siempre: el fin no es vivir, sino pensar. Vivir es un medio para el fin del pensamiento. Por lo tanto, las necesidades biológicas de la vida son inferiores y menos importantes que la continuidad del pensamiento. Se nos lleva a creer que una vida de contemplación es la cima más alta que el ser humano puede alcanzar.” Evidentemente, yo estaba cayendo bajo el hechizo de esas inmaculadas Formas platónicas. Pero en el segundo semestre, dedicado a Aristóteles, aprendimos que todo lo que Platón decía era erróneo. El profesor Demos fue igualmente convincente. La lección invaluable de ese año de estudio fue que la contradicción no solo es aceptable, sino esencial. Recordemos a Albert Einstein sobre los fenómenos de la luz, citado anteriormente. Robert Rubin, hablando en una ceremonia de graduación en la Universidad de Nueva York, recordó: “En mi segundo año, tomé Filosofía I con un maravilloso y anciano profesor llamado Raphael Demos. Su punto central era mostrar que toda afirmación descansa en última instancia en un principio básico que no puede ser probado. Solo puede ser asumido o creído³⁹. Esa conclusión... moldeó profundamente la forma en que he tomado decisiones desde entonces.” El propio Demos, en la introducción a su obra principal sobre Platón, afirma: “En casi todos los casos, son posibles conclusiones alternativas; y donde Platón parece defender ambos lados de una cuestión, a menudo he repetido sus respuestas aparentemente inconsistentes sin intentar hacerlas encajar en un patrón lógico. Después de todo, no existe algo así como el significado de Platón; su pensamiento puede formularse de diversas maneras, todas ellas a menudo igualmente válidas... Su mentalidad es intuitiva más que racional, sugerente más que definitiva.”⁴⁰ ¡Sí, verdaderamente un discípulo de Whitehead y también de Hartshorne!

Por supuesto, también hay personas cuyo rechazo del proceso y de la relación es definitivo. Puede que sean incapaces de aceptar la contradicción presente en el propio darwinismo, que por un lado revela y explica el milagro de la creatividad física, mientras que por otro subraya los “males” de un proceso evolutivo en el que quienes sobreviven son más fuertes, más rápidos, más resistentes y, de hecho, a menudo más violentos que aquellos que no sobreviven.

Otros presumen superar la contradicción postulando que la evolución está guiada por un diseño. Tal vez la evolución impulsa la vida finalmente hacia la conciencia. Tal vez tiene una dirección, un propósito. Si es así, habría tenido un diseñador inteligente que le dio esa dirección y propósito⁴¹. Estas personas no tratan la religión y la ciencia como formas separadas de conocimiento. Su problema es que su ciencia es fantasía en lugar de verdad. Por supuesto, no adhieren a toda la astronomía ptolomeica; sin embargo, favorecen su geocentrismo en la medida en que postulan una evolución que conduce hacia nosotros, cuando la verdad es que no somos nada en términos cósmicos. La evolución cósmica “conduce” (si es que podemos usar ese término) no hacia nosotros, hasta donde sabemos, sino más bien hacia la destrucción eventual del universo, el retorno de toda la materia a la energía que precedió al Big Bang. Quienes deseen aprender más sobre esto pueden leer el estremecedor libro *The Life and Death of Planet Earth*⁴². Pero no hay necesidad de preocuparse: el sol no alcanzará su fase de gigante ni vaporizará la Tierra hasta dentro de unos siete mil millones de años, por lo que no hay motivo para perder el sueño por ello. Sin embargo, por si alguien tiene curiosidad: el sol, al agotar su combustible de hidrógeno, se volverá aproximadamente dos veces y media más brillante que en la actualidad. Su diámetro llenará por completo el cielo diurno y calentará la Tierra a más de 2065 grados Celsius (3750 grados Fahrenheit). Más tarde, cuando la temperatura de su núcleo alcance los 100 mil millones de grados, su centro de helio explotará. Los cielos ya están llenos de otros soles, originalmente como el nuestro, que han pasado por este proceso.

Entonces, ¿a dónde nos lleva todo esto? Nos lleva de vuelta a mi afirmación inicial: que ninguna religión es digna de mi respeto y lealtad si no está en concordancia con el conocimiento científico (incluida la comprensión darwiniana)—aunque ahora añadiré: si no está en concordancia con el conocimiento científico **preciso**, en la medida en que podamos estar seguros de él, ya que nosotros, a diferencia de San Pablo, nunca comprenderemos plenamente. Sin embargo, ahora sí conocemos en parte. Escuchemos nuevamente a Don Cupitt: “La verdadera religión es la práctica de hacer felicidad eterna a partir del flujo de lo ordinario... Cuanto más comprendo que no soy más que parte del flujo universal de todo, más me uno a él... Necesitamos aprender a amar lo transitorio, porque es todo lo que hay, y somos parte de ello.” Somos parte de un inmenso cosmos transitorio que nos ha producido por un milagro, o quizá por un error, un error o milagro que probablemente nunca se repetirá. Pero aquí estamos, en este precioso “mientras tanto”. El “creador”—Dios, si se quiere—es todo este proceso, todo este desarrollo milagroso, regido no por un diseño inteligente, sino por las leyes de la física que, de algún modo, permiten que los más aptos tengan la estabilidad suficiente para levantarse cada mañana —al menos por ahora— y recibir la luz vivificante del sol. ¡Seguramente eso es lo suficientemente milagroso como para transmitir lo que Cupitt llama “felicidad eterna”! El poder que todo este desarrollo milagroso debería tener para todos nosotros fue bien comprendido por la novelista George Eliot justo después de leer *El origen de las especies* de Charles Darwin: “Para mí — escribió en una carta— la Teoría del Desarrollo, y todas las demás explicaciones de los procesos por los cuales las cosas llegan a ser, producen una impresión débil en comparación con el misterio que subyace a los procesos.”⁴³

Pero ¿qué pasa con la moral judeocristiana? ¿Dónde ha quedado? ¿Qué hay del Sermón del Monte y de los Diez Mandamientos? ¿Qué hay del espejismo de un Dios personal que se supone interviene para mejorar las cosas cuando se le ora, pero que, lamentablemente,

parece no intervenir mucho para evitar los desastres naturales y los provocados por el ser humano? ¿Qué hay del amor? Los budistas saben cómo responder. Cito: una mente “dotada de Sabiduría... en las verdades de la vida y del cosmos... tanto más radiante será mediante el desarrollo de la bondad amorosa y la compasión. Piensa cómo una mente así... podría ser insensible al sufrimiento de sus hermanos y hermanas... ¿Eres capaz de ver a los demás, tanto a los animales como a los seres humanos, con mayor bondad o buena voluntad, más compasión, más sentimiento de amistad y relación como seres sensibles que comparten el mismo destino de la vejez, la enfermedad y la muerte?”⁴⁴. Estos son nobles sentimientos éticos tanto para los cristianos como para los budistas. ¿Cuánto más deberíamos ser capaces de ver a los demás —animales, plantas y seres humanos— con mayor bondad amorosa, cuando comprendemos, gracias a la ciencia precisa, que todas las cosas y todos los seres comparten el mismo destino: el nacimiento, crecimiento, madurez, declive y muerte de todo el cosmos? Así pues, si nos preocupa el Sermón del Monte, la respuesta es que una religión en concordancia con el conocimiento científico preciso es capaz de ser plenamente tan ética como la religión falsamente antropomórfica, geocéntrica y aristotélico-ptolomeico-platónica que hemos heredado. Renunciando al dualismo intransigente, pero aceptando la contradicción dipolar, dejemos finalmente de tratar la ciencia y la religión como formas separadas de conocimiento. Demos gracias —y quizás incluso adoremos— la creación milagrosa que nos ha colocado aquí, temporalmente, como una parte infinitesimal de un cosmos temporal: un mundo con fin.

El lado positivo de todo esto se expresa muy bien al final de la maravillosa obra sobre física atómica, *Copenhague*:

Margrethe Bohr:

Y tarde o temprano llegará un momento en que todos nuestros hijos sean reducidos a polvo, y también los hijos de nuestros hijos.

Niels Bohr:

Cuando ya no se tomen más decisiones, grandes o pequeñas. Cuando ya no haya más incertidumbre, porque ya no habrá más conocimiento.

Margrethe Bohr:

Y cuando todos nuestros ojos se hayan cerrado, cuando incluso los fantasmas hayan desaparecido, ¿qué quedará de nuestro amado mundo? ¿De nuestro mundo arruinado, deshonrado y amado?

Werner Heisenberg:

Pero mientras tanto, en este preciosísimo mientras tanto, ahí está. Preservado, quizá... por ese núcleo final de incertidumbre en el corazón de las cosas⁴⁵.

Dado que nada es permanente excepto el cambio, al responder a las grandes preguntas—¿quiénes somos?, ¿de dónde venimos?, ¿por qué estamos aquí?—debemos encontrar a Dios en lo que conocemos: en el pensamiento evolutivo basado en la ciencia. Reconozcamos a Dios como la expresión suprema de la búsqueda incansable. Unámonos a una comunidad que ha sabido integrar descubrimientos científicos, reconociendo finalmente la sabiduría de uno de los mayores “herejes”: Charles Robert Darwin (1809–

1882). Y en este precioso “mientras tanto” en el que existimos, demos gracias al Espíritu en evolución que nos ha situado aquí, conscientes de nuestra propia insignificancia en un mundo que, inevitablemente, tendrá un fin.

NOTAS

Agradecimientos:

Muchas gracias a quienes han visto todo o parte del borrador original de este ensayo y han hecho comentarios útiles: Ian Barbour, Fred Berthold, Dennis Carroll, Don Cupitt, Shirley Dodson, Darren Middleton, David Montgomery, Jack Shepherd, John Tallmadge.

Epígrafes:

El epígrafe de Heráclito es quizá una forma ligeramente exagerada de traducir la expresión más literal “Todo es flujo; nada es estacionario”, según lo reporta Aristóteles en *Sobre el cielo (De Caelo)*, III.1.18 (298b). La confirmación de la visión de Heráclito puede encontrarse al final del *Crátilo* de Platón (439c), aunque Sócrates discrepa, diciendo: “Para que exista el conocimiento, la realidad no puede ser solo movimiento y flujo... Esa es la visión de Heráclito, y estoy convencido de que debe ser errónea”. Crátilo, viendo el punto de Sócrates, sin embargo sigue “convencido de que Heráclito tiene razón y que la realidad es un flujo”. “Aún eres joven, Crátilo”, responde Sócrates. “Con mucho pensamiento podrías cambiar de opinión”. ¡Pero Sócrates, por supuesto, no había leído a Charles Darwin!

El epígrafe de Dietrich Bonhoeffer proviene de su carta del 29 de mayo de 1944 a Eberhard Bethge, publicada en *Cartas y papeles desde la prisión* (Nueva York: Macmillan, 1971), p. 311. Bonhoeffer fue ejecutado en la horca el 9 de abril de 1945 debido a su implicación en el complot del 20 de julio de 1944 para asesinar a Hitler.

El epígrafe de Edward O. Wilson proviene de su “Prólogo” a *Evolution: The First Four Billion Years*, editado por Michael Ruse y Joseph Travis (Cambridge, Massachusetts: The Belknap Press of Harvard University Press, 2009), p. viii.

El epígrafe de Nikos Kazantzakis proviene de su carta a su esposa Galatea fechada el 28 de diciembre de 1922.

Notas (selección traducida):

1. Milton K. Munitz, *Teorías del universo desde el mito babilónico hasta la ciencia moderna*, p. 183, citando a Dorothea Waley Singer sobre Giordano Bruno.
2. “Simplicio” (nótese el nombre) en el *Diálogo* de Galileo Galilei.
3. Albert Einstein, en su prólogo a Galileo. Se explica por qué hablar de montañas en la Luna era considerado herético: los cuerpos celestes debían ser perfectos.

4. Ian Barbour sobre el caso Galileo y el reconocimiento del error por parte de la Iglesia.
 5. Freeman Dyson sobre la relación entre ciencia y religión.
- 6–10. Referencias a la cosmología de Claudio Ptolomeo y a la filosofía de Aristóteles, especialmente su idea del “motor inmóvil”.
11. Sobre Tomás de Aquino y Agustín de Hipona.
- 12–13. Datos científicos sobre el universo, el telescopio Hubble y la edad de la Tierra.
14. *Autobiografía* de Charles Darwin.
- 15–16. Arthur Eddington sobre ciencia y religión.
- 17–23. Diversos autores cuáqueros y reflexiones sobre evolución y fe.
24. Libro de Michael Ruse.
 25. Entrevista a Ian Barbour.
 26. Citas de Albert Einstein y Albert Szent-Györgyi.
- 27–30. Reflexiones teológicas modernas sobre la naturaleza de Dios y el cambio.
31. Albert Einstein sobre la dualidad de la luz.
- 32–35. Obras de Charles Hartshorne sobre la teología procesual.
- 36–37. Ian Barbour sobre teología clásica y procesual.
38. Don Cupitt.
- 39–40. Raphael Demos sobre Platón.
41. Crítica al “diseño inteligente”.
 42. Libro *The Life and Death of Planet Earth* de Peter Ward y Donald Brownlee.
 43. Carta de George Eliot.
 44. Texto budista sobre compasión.
 45. *Copenhagen* de Michael Frayn.